

A un cuarto de siglo de la aparición de Capdevila en la historia literaria argentina, su aporte a nuestra lírica no puede, es claro, medirse sólo por *Melpómene*. Una Antología definitiva de esas que publica justamente Nascimento con un estudio prolijo de toda la obra poética de Capdevila hasta la fecha, habría constituido desde luego un volumen menos circunstancial. Pero dada la resonancia que el nombre del poeta cordobés despierta en Chile creo que este libro histórico es más que suficiente para que el lector y la crítica vean en Arturo Capdevila un digno hermano de Gabriela Mistral.—ENRIQUE ESPINOZA.

<https://doi.org/10.29393/At171-196RLDN10196>

DOS NOVELAS CUBANAS: CIÉNAGA, por *Luis Felipe Rodríguez* y  
CONTRABANDO por *Enrique Serpa*

La novela cubana comienza a ahondar el estudio de la realidad insular, agitada por fuertes y complejos problemas que la envuelven en una rara energía y la colocan entre las más originales de la literatura americana. En sus más recientes y singulares muestras tiende a exaltar la cubanidad, la criolledad que va creciendo en dimensión, y perfilando sus caracteres en creaciones vertebradas y vigorosas. Entre los escritores de tal índole se ha distinguido Luis Felipe Rodríguez, cuyo carácter humano y preocupación social se exhibe en sus relatos «La pascua en la tierra natal y en Marcos Antilla», cuadros emocionados de la existencia campesina cubana, de la vida de los hombres del cañaveral, de la mala política que envenena la moral de los guajiros, devasta su fe y demuele los restos de la integridad nacional. Ahora Rodríguez aumenta su labor con otra novela: «Ciénaga» (Editorial Trópico), en que la exaltación del destino cubano crece y asume un contenido definido de amarga protesta.

«Ciénaga» es una transformación de un episodio de la vida rural que primitivamente se designó como «La conjura de la

ciénaga». Ahora logra un realismo mayor, se libera del impulso simplemente costumbrista y toma una consistencia de símbolo y de signo al lado de las mejores producciones literarias de Cuba. Alguien la estimó una obra maestra en que el latido cubano persigue un carácter de universalidad. Para nosotros tiene un enorme valor testimonial, es un documento nítido de la tragedia antillana que se ha encargado de analizar los ensayistas y sociólogos y que logra aquí una encrespada energía mestiza.

En «Ciénaga» hay algo de fatalismo. No es solamente la ciénaga material, charco de lodo y agua estancada que, como una llaga sobre el cuerpo aborígen, fragua la conjura malaventurada de los dramas del cañaveral cubano. Sobre esta decoración de sufrimiento y de dolor está la otra ciénaga: la de los políticos corruptores, los caciques de la entrega, los cómodos explotadores de la tierra cubana, los malos pastores, los burócratas socarrones y los campesinos resignados y taimados que vegetan en torno a las promesas y a los discursos de los nefastos conductores antillanos. En los potentes capítulos de «Ciénaga» se nos entregan secretos de las costumbres guajiras, admirables páginas de observación y sostenidas figuras de tipos campesinos, como Conchita Fundora, criolla sensual y flor de la ciénaga, Mongo Paneque, matón de pueblo muy bien pintado, Fengue Camacho, don Venancio la O, Exuperancio Martínez y Liborio Bartolo Morejón. Y como tipo ciudadano, Santiago Hermida, protagonista principal. El narrador describe los hechos en primera persona y los agrupa en torno a un símbolo. Nos dice que dos potencias presiden aún la vida del morador vernáculo: una la potencia civil del ingenio norteamericano, a cuyo dominio mecánico y financiero iba a centralizarse la energía máxima de la tierra; y la otra, la ciénaga, muy parecida a un torvo mundo moral enemigo. Y la ciénaga acaba por tragarse a Santiago Hermida, quien conquistó el corazón de Conchita Fundora, pero no pudo vencer la conjura de los odios y de las envidias de la ciénaga.

El asunto es un poco simple y recuerda todavía a las novelas

románticas, pero sirve de pretexto para observaciones enjundiosas y para hacer desfilar una sucesión de motivos y asuntos antillanos en que vemos aspectos poco conocidos para nosotros de la vida de los guajiros, de sus supersticiones y amores, de sus defectos y de las causas por las cuales Cuba vive una permanente crisis económica en torno a la más cruda explotación.

El ambiente aparece desde las primeras páginas con el paisaje adecuado.

Siembras de frijoles, de yuca y de maíz, numerosos platanares y extensos campos de caña. Los habitantes viven entre las arrancadas del alcalde, las bravuconerías de Mongo Paneque, el perpetuo chismorreo de los vecinos y las discusiones zafias sobre la política nacional y sus desviaciones lugareñas.

Pero la tragedia va surgiendo poco a poco del amor de Conchita a Santiago, galán de ciudad que despierta los fuegos subterráneos de la virgen de la ciénaga con su palabra fácil y sus gestos de simpatía. Mongo Paneque, admirador rústico de la beldad campesina, fragua una venganza tremenda y acompañado de un grupo de guajiros borrachos asalta una noche a su rival. Santiago Hermida muere tragado por la ciénaga, cuyas podridas aguas absorben todas las venganzas y los odios de los aldeanos. Y aquí vemos como la material ciénaga cobra un sentido de símbolo porque equivale a lo instintivo y primitivo de Cuba que absorbe las fuerzas nuevas y las iniciativas de renovación. Santiago Hermida es el hombre de ciudad que hablaba de liberar a los campesinos y de darles tierras sanas y limpias, al margen de la politiquería ciudadana. En cambio, Mongo Paneque es el instinto puro, al servicio de los caciques, es el instrumento ciego y fatalista de sus dominadores. Contrasta en esta novela la antítesis de los caracteres: instinto y primitivismo, por un lado; ímpetu renovador y crítico por el otro.

El alma gruesa de los guajiros, sus chistes taimados y socarrones, las supersticiones mulatas que gravitan en torno al centro espiritista de Muelaquita, la romería de la credulidad y de

la superstición campesinas son otras tantas notas felices de este libro vigoroso que cobra relieve y fuerza dentro de las novelas actuales de América.

Luis Felipe Rodríguez no acude a los procedimientos técnicos y estilísticos de otros relatistas como Serpa, Novás Calvo o Montenegro. Es menos evolucionado como prosista. No usa imágenes muy modernas o descripciones de técnica complicada. Recuerda más bien a los escritores del siglo pasado, pero con un dinamismo mayor y la inquietud social que ha hecho de sus obras de novela y cuento un intento interpretativo con pretensiones cíclicas.

«Ciénaga» merece, con todas sus limitaciones de escenario y el repunte costumbrista, un sitio destacado en la novela americana. Amplía el conocimiento que tenemos de Cuba con aspectos dolientes de su tragedia, de sus problemas y de su idiosincrasia. Rodríguez abunda en las consideraciones sociales y a ratos nos entrega algunos de sus pensamientos sobre la regeneración cubana. Por ejemplo nos dice en la página 224: «La parcialidad política era la gran charca donde muchos ideales habían sucumbido. Esta política, en colaboración con el sol y con los atavismos de la conquista. Todavía eran, hasta hoy, nuestros mayores males. A mis ojos esta pobre Conchita, no era la hija del comandante Fundora, sino la hija del sol, nuestra República del dulce, nuestra isla exuberante, crédula, espontánea, ardiente y sensual.

Su exuberancia era nuestra exuberancia, su espontaneidad era nuestra espontaneidad, su credulidad era nuestra credulidad, como su ardor y su sensualidad. Sus males y sus bienes, por los cuales se había entregado a su seductor, eran, también, nuestros males y nuestros bienes más auténticos y atávicos. Males y bienes que estaban en su cuerpo y en su sangre, parejos a la aspiración de purificarse por medio del esfuerzo, del amor y del dolor; sólo que el determinismo de su génesis, de su cuerpo y de su sangre, la habían traicionado hasta llevarla a los brazos de Santiago

Hermida, que sucumbió por culpa de su profundo y absorbente abrazo. Tal la historia, el amor, el dolor de nuestras tierras ardientes, hijas queridas y fatales del sol de los trópicos, cuyos otros males tomaban carne mortal en las pintorescas figuras de Fengue Camacho, Mongo Paneque, don Venancio la O, y el comandante Fundora, y también en Liborio Bartolo Morejón, emblema específico de nuestra imaginación criolla.

Hijos de la ciénaga, ellos a su vez eran víctimas de la ciénaga mortífera y embrujadora, lo seguirían siendo, hasta que esta ciénaga, merced a un nuevo sistema humano y social, se fuera desecando por el ideal, la sangre, el amor y el dolor de sus hijos. Ahora, algunos ideales fuertes seguían erguidos, sin llegar al fondo impuro de la charca. Nos lo habían transmitido los luchadores por una nueva conciencia social, donde nuestro gran mal que incuban los Fengues Camacho y los Mongos Paneque como la ciénaga al mosquito, fueran purificándose, hasta hacer de nuestras tierras pueblos que se rigen por normas colectivas, y no por las pasiones desbordantes de los caudillos políticos. Así era nuestra herencia política, económica y social, y tal debía ser la aspiración de las nuevas generaciones, surgidas a las conquistas de una mentalidad renovada».

Con estas ideas podemos perfectamente definir el alcance crítico de «Ciénaga». Es una obra con raigambre moral y social. Tiende a definir la raza, sus virtudes, sus defectos, a establecer un paralelismo entre la ciénaga de los campos cubanos y el lodazal en que naufragan las virtudes cívicas. Establece ideales de regeneración y no participa del pesimismo de otros escritores americanos.

Sirve también para medir el grado de evolución de la novela cubana, cuyos cultivadores tienen hoy un teñido carácter social que va desde Rodríguez hasta otros más vanguardistas como Serpa y Montenegro.

La novela antillana es rica de motivos y abarca un horizonte geográfico de un colorido maravilloso. En él contemplamos

mágicas escenas de negros, nostálgicas evocaciones de los cañaverales, rudás explotaciones y sufrimientos seculares que el capitalismo envuelve en formas novedosas y toda una gama de costumbres afro cubanas que son más conocidas por las poesías negras.

Desde otro punto de vista, los escritores en prosa cubanos tienen un instinto claro del ritmo en el estilo, copian bien las dicciones y dejos que los rodean y tienden a arquitecturar sus relatos con un sentido definido de la construcción. En este aspecto nos llama fuertemente la atención la reciente y celebrada novela «Contrabando» del joven escritor cubano Enrique Serpa.

\* \* \*

«CONTRABANDO (Ediciones Alvarez-Pita)», comienza con un promisor ambiente marítimo que su autor, Enrique Serpa, capta desde el primer momento con instinto seguro de artista. La goleta «Buena Ventura», a cuya historia asistimos en estas páginas, tiene que cambiar de régimen interno de vida. Cambia también de costumbres y en la historia de esta transformación reside el encanto y el secreto de un relato salobre y vigoroso. Todos los tipos de esta novela están diseñados de mano maestra y entre ellos se destacan principalmente dos: el del dueño de la «Buena Ventura», hombre abúlico e indolente; y el de su antípoda, Cornúa, el patrón de la goleta. «Parecía tallado en un bloque de cobre para materializar la imagen del desaliño. Vestía sempiternamente un pantalón que antaño había sido carmelita y que ahora tenía un color indefinible merced al tiempo que llevaba de uso, al agua de mar y a los islotes de grasa que lo cubrían, especialmente a la altura de los muslos, porque allí solía limpiarse la suciedad de las manos. Su marinera estaba sembrada de parches, burdamente cocidos con hilo de cañamazo o pita fina de pescar. Y sus alpargatas, cuando no estaban rotas por el talón, comenzaban a descocerse por la puntera. Lo cual no le

importaba gran cosa, porque a bordo andaba siempre descalzo y con los pantalones doblados hasta la rodilla. Era un hombre temido y respetado, incluso por los tripulantes más arriesgados de los otros viveros. De elevada estatura y magro de carne, tenía sólidos puños de *heavi weight*, el rostro anguloso como una esquina, la boca apretada y firme y unos ojos implacables, con un brillo duro de metal, que infundían a veces una inquietud lindante con el miedo. Sugería, al andar, la elasticidad de los gatos, en contraste con los demás amarineros, que caminaban pesada y desmañadamente».

En torno a Cornúa, quien tenía cuentas con la justicia y padrinos políticos que le habían conseguido un indulto al cabo de tres años de cárcel, desfilan realistas tipos de marineros. Al lado de los insulares hay otros cosmopolitas y todos están retratados con pinceladas firmes de buen narrador.

El azar y el peligro anima a esta curiosa fauna marina.

Aparece lo económico, que envuelve la tragedia permanente de Cuba, en uno de los aspectos más inesperados: la crisis de la pesca por haber demasiado oferta y por existir una competencia que arruina a los dueños de navíos. En torno a esto surge el episodio del contrabando, con gran simpleza porque es necesario transformar la goleta en navío conductor de ron a los Estados Unidos. Es la época de los grandes contrabandos, con vigilancias y persecuciones peligrosas. Con un motivo tan elemental, Serpa ha tejido un relato nervioso, fino, matizado de grandes aciertos psicológicos y de admirables escenas en que la gente de mar y la miseria cubana, los bajos fondos de La Habana, las intrigas de los marineros y de los contrabandistas brotan con nítida desgarradura de tragedia. Y sin querer también apunta la preocupación social: en los cuadros de sórdida pobreza, en la crisis latente en la vida cubana, en la penetración yanqui en los negocios de pesca.

«Contrabando» es una de las mejores novelas cubanas de este instante pletórico de su literatura mestiza. Por sus páginas

circula cierta gracia que no abunda en la relativamente escasa literatura marítima del continente. No tiene nada del esmero falso de los imitadores de Loti, de Stevenson y de Conrad que, en otras partes, han escrito artificiosos cuentos y novelas.

El paisaje marítimo, las escenas de puerto, los detalles de la vida a bordo, el lenguaje de los marineros, son algunos de los elementos que dan un extraordinario interés a «Contrabando». No es una novela rica en trama o muy complicada en sus escenas. Todo en ella gira en torno a la transformación de un navío de pesca en barco conductor de alcohol para los yanquis. Las escenas finales, que culminan con el éxito de la empresa, son las más potentes.

Cornúa, Manolo, Puig, Onofre, Pablo Alonso, Manuel Fileiro, Pepe el Catalán y Scot son algunos tipos de gran relieve que surgen de esta narración.

Serpa ha logrado un estilo expresivo y gráfico. Domina las imágenes y concentra sus descripciones en hábiles síntesis del paisaje costero o marítimo de las Antillas.

Por ejemplo esta admirable sensación de mar: «Resbalábamos sobre un mar de acero empavonado. La luna llena, semejaba a un foco del alumbrado público, pesparcía una claridad argéntea que difuminaba las constelaciones. Apenas sí de rato en rato ondulaba con miedo el agua dormida. Y cuando tal acontecía, cada onda insinuaba un opaco reflejo de plata vieja. Ligeros retazos de muselina bogaban lentamente bajo el cielo, que parecía de traslúcida laca azul. El aire susurraba entre el velamen y las jarcias. Y de cuando en cuando un leve crujido recorría, como un escalofrío, el cuerpo de «La Buena Ventura». (Página 263).

Serpa se muestra en «Contrabando» muy dueño de los recursos del estilo y de la proporción. Su novela, pobre en grandes aventuras o complicadas incidencias, tiene, en cambio, una gran seducción de ambiente y de color. Todo esto se combina con esa cualidad, que todos los críticos advierten en los nuevos escritores



de Cuba: la captación admirable de los dejes y dicciones del lenguaje. En otras palabras, puede decirse que son escritores con un gran oído y con una fina sensibilidad para los sonidos. Aquí se mezcla la medida de lo pictórico y la destreza musical para elegir las palabras y los giros precisos.

Asistimos a una gran transformación de la novela americana y dentro de ella también ha ganado un buen sitio la cubana. En los libros comentados en estas líneas contrastan dos aspectos importantes de la existencia insular que, en el fondo, están unidos por el drama económico común: la tierra abandonada a la pobreza por la carencia de preocupación de los gobiernos, por la desidia de los caciques y por la entrega al imperialista; y el mar, donde también se pierde la libertad de la pesca por la crisis y por la competencia.

Toda esta literatura está desgarrada por la emoción social, por la preocupación del destino cubano, por la necesidad de construir un porvenir mejor.

Es un testimonio emocionante y patético de un pueblo que busca su expresión entre dolores e inquietudes y bajo un signo de promesas y de esperanzas.—RICARDO A. LATCHAM.



MI AMIGO PIDÉN. Cuentos de *Luis Durand*.—Editorial Nascimento

Mariano Latorre y Luis Durand comparten el cetro del relato criollista en nuestra literatura. Sin embargo, hay pocas analogías entre ellos y es por caminos muy diferentes que han avanzado hasta llegar a darse la mano. Fuera de un antepasado galo situado en la ascendencia de ambos, que determina en uno y otro algunas condiciones intelectuales de equilibrio, moderación y buen gusto, no hallamos otros rasgos comunes entre estos dos escritores, ligados por una fuerte vocación al campo chileno, su paisaje, sus tipos, su ritmo vital. Latorre adquirió desde la ju-